

LA AUTORIDAD

Aplastó furioso el cigarrillo. Nuevamente tendría que quedarse en casa. El eterno conflicto de padres e hijos, pensó para sí.

Soy joven, necesito divertirme, ir con los amigos, andar de paseo y sobre todo huir de él y su maldita autoridad. No es justo estar siempre supeditado a lo que decida, levantarse cuando él lo hace, comer juntos, ir a los lugares que le gustan, apagar la televisión para que duerma tranquilo, apegarse a su dieta. No, definitivamente esto no es vida. En pocos años voy a ser un hombre amargado si no logro liberarme.

Si al menos fuera agradecido, pero no, en este mundo sólo él cuenta, todos los demás tenemos que bailar a su alrededor. Y no se diga cuando se enferma: silencio total, cortinas corridas para que no le moleste la luz, estar todo el tiempo a su lado. El exige, exige, exige. Si no se le obedece al minuto en el acto empiezan los gritos. Ya estoy cansado.

Peor aun son las noches en que después de beber largo rato sin que se le pueda quitar la botella de las manos se vuelve impertinente. Pide más bebida, arroja todo lo que está a su alrededor al suelo, grita como loco y termina vomitándose. Entonces hay que calmarlo, limpiarlo ya que él es incapaz de hacerlo.

Lo que más me molesta es su aire de superioridad. Sólo él tiene la razón. Si le pido algo lo único que consigo es una mirada vaga o un gesto de enojo, jamás una señal de que me comprende. En ocasiones me asalta el deseo de abandonarlo, de irme a vivir a otro sitio o de llevarlo a una de esas

LA AUTORIDAD2

casas donde los atienden. Pero son deseos que nunca realizaré. Además ya entendí que soy masoquista pues todo el tiempo pienso en él, en la calle y en el trabajo. Me vivo imaginando cómo me recibirá cuando llegue en la noche, si estará enojado o feliz.

La reunión de hoy era importante para mí, hace años que no veo a mis compañeros de escuela, y claro, a última hora logró impedir que yo fuera. A las siete de la noche empezó a quejarse, después vino la fiebre, dos horas después, en lugar de estar tomando copas con mis amigos, estaba en un consultorio. Sólo es un resfriado, diagnóstico el médico.

Razón tenían los que me aconsejaron que me esperara para tener familia. Este niño me va a volver loco pero sin él ya no podré vivir.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998